

tajada inteligencia. Perdieron con su muerte los indios un gran predicador, porque la facilidad con que en cualquiera festividad les predicaba, y la elocuencia de lenguaje con que les proponia la palabra divina, movia á admiracion; y dígoles por haberle oido muchas veces viviendo juntos en el convento de Ticul, con que era muy estimado de los indios. Pasó de esta vida en edad de veinte y dos años.

Los muchos trabajos corporales con que sirvió á esta provincia el P. Fr. Antonio Jara, lego, merecen su memoria. Fué hijo de la de S. Miguel, y incorpórose en esta en el capítulo que se celebró á cinco de enero de mil seiscientos y tres años. Su continua ocupacion fué de cultivar la huerta del convento de Mérida, aun siendo yá muy viejo, que en esta tierra es mucho de ponderar. Demas de esto, cuidaba con mucha caridad de dar de comer á los pobres en la portería, y de otros oficios de humildad conformes á su estado. Habiendo dado siempre ejemplo de religioso observante, murió en el convento de Merida, recibidos todos los Santos Sacramentos, á tres de agosto de mil seiscientos treinta y nueve años, siendo de setenta de edad, y habiendo servido en él á nuestro Señor los treinta y seis.



LIBRO ONCE

DE LA HISTORIA DE YUCATAN.

CAPITULO PRIMERO.

Vida del venerable D. Bartolomé de Honorato, chantre de la santa catedral de Mérida.

Si refiriendo la vida de este venerable varon le llamare santo, daréle el título con que comunmente todos los que le conocieron, comunicaron en vida, y vieron su santa muerte, le nombran con conocimiento de sus rigorosas penitencias y experiencia de su caridad ferviente. Fué el Ldo. D. Bartolomé de Honorato natural de Ciudad-Rodrigo en España, y hijo legítimo de Baltasar de Honorato y Maria Flórez Maldonado. Sus padres le dieron estudio en la universidad de Salamanca, donde fué colegial del insigne colegio de S. Bartolomé, y yá filósofo y teólogo, se graduó de licenciado en santa teología en la universidad de Oñate en Vizcaya. S. M. D. Felipe tercero que está en gloria, le hizo merced de una canongía de la santa catedral de este obispado, dándole la real provision en Aranjuez á veinte y nueve de abril de mil seiscientos y ocho años, y á primero de setiembre del año siguiente recibió en Mérida la posesion del canonicato. No era aún sacerdote, y por no haber llegado el obispo D. Fr. Gonzalo de Salazar fué á México, donde se ordenó de todas órdenes,

y habiendo gastado dos años en esto, volvió á servir en su iglesia. A diez de julio de seiscientos y once, le promovió S. M. á la maestrescolía, y tomó la posesion á veinte y siete de mayo del año de trece. Despues fué promovido á la chantría, y se le dió la posesion en veinte y siete de agosto de mil seiscientos diez y nueve años. Aunque acudia á la asistencia de su dignidad con particular cuidado, dice el bachiller Valencia en su relacion que no dejaba de tener en sus acciones aquella lozanía y arrogancia que suele una mocedad inconsiderada, lo cual dice que advierte para mayor ensalzamiento de la Bondad divina, que en ese tiempo fué servido de usar con él de su misericordia.

De nuestro seráfico P. S. Francisco nos dice su leyenda que teniéndole la Majestad Divina prevenido para tan gran siervo suyo, aunque el amor divino ardía en su corazon, con la adolescencia y cuidado de las cosas temporales impedido, ignoraba lo soberano de las del cielo, hasta que hecha sobre él la mano del Señor, fué castigado en lo exterior con una enfermedad prolija, y clarificado interiormente con la uncion de la gracia del Espíritu-Santo. Parece que sucedió así con el Ldo. D. Bartolomé de Honorato, porque en lo mas florido de su edad, y cuando al parecer estaba mas divertido, el año de seiscientos y quince fué nuestro Señor servido le sobreviniese una enfermedad gravísima que le produjo la enmienda. Hallóse con la enfermedad falto de la vista corporal de ojos, y pidió á Dios con corazon humilde se le restituyese para poder mejor servirle y hacer penitencia, y fué su ruego oido, dándole la vista que le faltaba, y convalesciendo de enfermedad que en tanto peligro le habia puesto. Mas convalesció en el espíritu que en la salud del cuerpo, porque siempre padeció continuos achaques que se debian sin duda de ocasionar de las muchas penitencias, mortificaciones y aspereza de vida con que se ejercitó hasta su muerte; pero el espí-

ritu con fervientes afectos aumentó crecidos logros en muchas virtudes.

Antes que dé principio á ellas, referiré lo que yá despues de sano le sucedió acerca de la vista que milagrosamente habia alcanzado. Viendo algunas mujeres, se halla aquejado de algunas tentaciones lividinosas, que como yá aspiraba á la perfeccion de vida en que se ejercitaba, le daban mucha pena, y fatigaban su espíritu. Viéndose con esta afliccion, recurrió á la oracion, pidiendo á nuestro Señor no le diese mas vista que la necesaria para rezar y decir misa. Consiguiólo de forma que especialmente habiendo mujeres en la iglesia ó en calles por donde pasaba á la santa catedral y á andar sus estaciones, no veia mas de los bultos solamente, sin poder conocer con distincion qué fuese lo que veia. No era así con los hombres á quien veia y conocia clara y distintamente, y esta merced que nuestro Señor le hacia, se la certificó muchas veces á un hermano suyo religioso, nuestro hijo de esta santa provincia, que difinidor de ella, y cuando esto traslado, es yá difunto, que se llamada Fr. Diego de Honorato que me lo afirmó con seguridad de verdad.

Desde luego que convalesció de la enfermedad, comenzó á vivir haciendo áspera y rigurosa penitencia, y sus continuos ejercicios eran en esta forma. Su cama en lo aparente exterior tenia con el adorno que de antes, pero no dormia en ella, sino en una tarima de tablas que se ocultaba debajo, y una piedra le servia de descanso para reclinar la cabeza. Con esta aspereza no daba al cuerpo mas descanso ni sueño que el que le parecia suficiente para conservar la vida. A las tres de la mañana se levantaba (habiéndose rescostado á las once de la noche) y se ocupaba hasta que era de dia en oracion y disponerse para decir misa. Por celebrar la con mas quietud de espíritu, la decia en la ermita del glorioso S. Juan Bautista que distaba una cuadra

de su casa, por ser poco el concurso de gente, y especialmente los dias que no son festivos, y esto cuando por razon de su dignidad no le obligaba decirla en la catedral. Al tiempo de vestirse los sagrados ornamento para decir misa, tenia advertido á un criado suyo que le dijese estas palabras: "Señor, advierta y salga con cuidada, porque no sea acaso esta la postrera misa que dijere." Con tal espíritu estaba prevenido para oír las demas que podía, que le sacaban gran afluencia de lágrimas, y con tal devocion asistia en el altar, que movia á ellas á los que se hallaban presentes, y aun algunas personas iban de propósito á oír su misa por gozar de aquel rato de devocion que con oírse la tenían.

Habiendo dado gracias á nuestro Señor de haber dicho misa, iba por su pié á la iglesia del colegio de la compañía de Jesus donde hacia oracion, visitaba los altares rezando en ellos, y luego comunicaba materias de su espíritu con los religiosos de él, con quien se confesaba. De allí pasaba al hospital donde, habiendo hecho oracion en la iglesia, entraba á visitar los enfermos. Consolábalos con pláticas espirituales que les hacia, socorríalos con lo que podía de limosnas, y quitándose luego el manteo, les aliñaba las camas, y por último encargaba mucho á los que los asistian la piedad y caridad con ellos, y el cuidado en acudirles á tiempo á sus necesidades.

Una mañana vino muy temprano á la santa catedral sin haber dicho misa ni rezado en sus estaciones. Extrañólo el sacristan por ser aquella la última que acostumbraba, pero el santo varon le sacó presto de la duda. Díjole al sacristan que le trajese la llave del sagrario donde está el depósito del Santísimo Sacramento de la Eucaristía reservado para los enfermos, y poniéndose la sobrepelliz y una estola, mandó encender luces. Traida la llave abrió

el sagrario, y se halló volcado el vaso de las formas consagradas, y habiéndolas compuesto con toda reverencia en el depósito, cerró el sagrario, y dando la llave al sacristan le dijo: Vaya con Dios que para esto le he llamado; con que se deja bien entender haber tenido revelacion de que aquellas sacrosantas formas no estaban con la decencia que les era debida, y quiso nuestro Señor manifestar cuán agradable le era este su siervo por cuya mano fueron puestas en su lugar decente. Esto con otras cosas que referiré me afirmó saber con toda certidumbre un sacerdote secular digno de fé y crédito que le comunicó, y me dijo que lo jurará siempre que necesario fuere y se le mandare. Habiendo puesto las santas formas en su lugar, se estuvo en oracion hasta la hora en que solia decir misa cuando no era hebdomadario, y entónces la dijo.

Volviendo al hilo de sus cotidianas estaciones de este varon santo, habiendo acabado en el hospital con aquella obra tan caritativa, pasaba á la santa catedral que no dista mas que el ancho de la calle, y allí hacia tambien oracion. Concluida se entraba en el coro, registraba los libros por donde se habian de cantar los officios divinos, y cuando era tiempo asistia en pié al facistol ó atril en que se ponen, como pudiera el mas humilde cantor que los oficiaba. Era tan puntual en las horas y en todo lo tocante al culto divino, que le llamaban el relox de la catedral. Acabadas las horas canónicas de por la mañana, se iba á recoger á su casa, y en entrando se retiraba á su retrete y oratorio á hacer exámen de su vida, pasando en aquella soledad y quietud hasta la hora de comer. El tiempo que duraba la comida le leian libros espirituales, teniendo grande atencion á lo que se leia, y acabada la comida se sentaba en una silla, y juntas las manos tenia un rato como de contemplacion, y allí descansaba hasta la hora de vísperas. En siéndolo iba á la santa catedral sin

que las incomodidades del gran calor que el sol causa en aquellas horas, ó lluvias que hubiese, fuese bastante impedimento para que faltase en su continuacion, como ni achaque alguno si no le obligaba á estar en cama. Despues de vísperes aguardaba hora competente para rezar maitines, y concluidos se volvía á su casa. A prima noche desde las ocho hasta las once, que era cuando se recostaba á dormir, gastaba en oracion, disciplinas, mortificaciones y otros ejercicios espirituales.

CAPITULO SEGUNDO.

De otras virtudes y cosas milagrosas de este varon santo.

Demas de los ejercicios referidos, fué abstinentes en grado superior, porque solamente los domingos y juéves comia cosa de carne, y esto con mucha templanza: los demas dias de la semana se sustentaba con yerbas y otros manjares de débil sustento. Todos los miércoles y sábados ayunaba con solo pan y agua en honor y devocion de la Virgen Santísima madre de Dios y señora nuestra. En las cuaresmas era necesario que sus confesores le moderasen los ayunos, porque en la flaqueza grande que manifestaba, conocian el rigor con que los pasaba y castigaba su cuerpo para que le dominase el espíritu. Un juéves santo habiéndose quedado hasta medio dia (aunque no era su hora de asistencia) en la presencia del Santísimo Sacramento, trajeron de comer á los otros prebendados, y rogándole que comiese con ellos, por complacerlos y no dar nota de singularidad, asistió en la comida. Los manjares eran de mas regalo que el que su penitente vida acos-

tumbraba, y aquella noche en satisfaccion del regalo que habia tenido en la comida, se recogió á su casa á media noche, y desnudo el cuerpo en carnes de la cintura para arriba, mandó á un esclavo suyo que con un látigo muy fuerte le azotase rigorosamente, y el negro con la reverencia que le tenia, no se atrevia á darle récio. A este tiempo iba un sacerdote, que le comunicaba, á buscarle, y hallando la puerta [que sin duda lo quiso Dios para manifestar acto tan virtuoso] abierta, sin avisar ni decir cosa alguna, llegando á lo interior de la casa oyó á este penitente y bendito varon que decia á su negro estas palabras: "Dale récio, Martin, á este mal hombre, mal cristiano que ha dado hoy muy grande escándalo y nota delante de sus hermanos, comiendo manjares regalados y delicados." Oyendo esto no pasó aquel sacerdote adelante, ni el negro le obedeció ejecutando el rigor que el santo varon deseaba: volvióle á mandar que le diese mas récio, y el negro se excusaba diciéndole que era su amo y sacerdote, que no le mandase tal. Viendo que no queria, le quitó el látigo, y se comenzó á azotar tan fuertemente que le corria la sangre por toda la espalda. Acabada esta rigurosa disciplina, le dijo al negro: "Por amor de Dios, Martin, que otra vez hagas lo que te mando, y no como mi esclavo sino como si fueras mi enemigo ejecutes en mí este castigo con todo rigor, pues le merezco." Salió muy edificado aquel sacerdote, sin darse á sentir, y despues viéndole el santo varon, ignorando que le hubiese visto, por ser confesor de su negro, le dijo: Señor, dígame á Martin, pues le confiesa, que me obedezca, que no hace lo que le mando. Admiróse aquel sacerdote, porque como su confesor conocia la conciencia irreprochable del esclavo, que aunque negro en el cuerpo tenia el alma cándida, movido con el ejemplar de la santa vida de su amo, y presumiendo fuese otra la inobediencia de que le acusaba, se la reprendió viéndole. Respondió el negro

á su confesor, diciéndole: ¡"Cómo quiere, padre, que yo haga lo que me manda mi amo, si me manda que le azote crudamente, y porque lo hago de mala gana me acusa? ¿cómo he de castigar á mi amo con la crueldad que me manda?"

Otro juéves santo en la noche andaba visitando las iglesias, y iba en su compañía el negro Martin, y el sacerdote que he dicho me refirió lo que acabo de decir, le encontró parado en una calle, y le vió que se inclinaba como hácia el suelo, y decia al negro: "Ayuda, Martin, á este pobre Nazareno que va fatigado con tan gran cruz: ayudémosle los dos por Dios." Como aquel sacerdote oyó razones dichas con lastimoso afecto, miró con cuidado á todas partes, y no vió persona alguna, ni el negro tampoco: con que piadosamente se puede creer que el divino Nazareno Cristo Señor nuestro, cuya pasion debia de ir meditando este varon santo, le apareció en aquella forma visible para que mereciese mas con aquella piadosa voluntad.

Sucedióle á aquel mismo sacerdote que habiéndole olvidado á este santo varon su diurno en el coro, él le halló, y mirando los registros, le quitó una oracion devota que tenia escrita en uno. Hallándose sin el diurno, volvió por él, y dándosele aquel sacerdote, al recibirle le dijo: ¿Cómo, padre? ¿Qué me ha quitado del diurno? Ya lo sé. Entónces le dijo el sacerdote lo que habia hecho, y él le respondió que se holgaba mucho.

Este mismo sacerdote afirma que sabe con certidumbre que por las mañanas, cuando entraba este santo varon en la catedral, veia en un lado de la iglesia un bulto de persona puesta de rodillas, y que habiéndolo visto muchas veces, un dia se llegó donde estaba y habló con él un rato. Acabada la plática desapareció el bulto, y lo que de ello resultó fué que luego llamó á los cantores, y los previno para decir una misa de di-

funtos. Entró á la sacristía, se revistió y salió á decir la cantándola él mismo: era por el alma de un prebendado de la catedral, que era el que le habia aparecido y rogádole que por amor de Dios dijese aquella misa que debia, que con eso saldria del purgatorio y iria á gozar de Dios.

Parece cierto que su Divina Majestad le revelaba algunas cosas del bien de las almas, y verificarse esto en lo que le sucedia á un sacerdote vecino de la ciudad y á quien todos conocimos en ella. Era por aquellos tiempos mozo, y como tal en algunas ocasiones con otros divertimientos solia dejar de rezar el oficio divino. En viéndole este santo varon, luego le reprendia, advirtiéndole el descuido que habia tenido, y la estrecha obligacion de rezarle. Debió de suceder esto mas de una vez, y así aquel sacerdote enmendó su defecto, por tener yá certidumbre que habia de ser reprendido de este santo por la omision, que así lo certificó algunas veces al otro sacerdote que arriba he dicho, porque el tal defectuoso y este que me lo refirió eran amigos y se comunicaban.

A las mortificaciones y penitencias referidas aumentaba otra bien extraordinaria en su estado, y es que como si fuera religioso que hubiese prometido la observancia de la regla de nuestro P. S. Francisco, desde que convaleció de aquella enfermedad, caminó á pié los viajes que se le ofrecieron. Admiraba á todos esto por ser esta tierra tan poco á propósito para semejante ejercicio, que aun los muy robustos y sanos (sino es los indios) no pueden tolerarlo. Como veian un cuerpo tan debilitado, enjuto y sin carnes por su mucha penitencia, y agravado con diversos achaques, era motivo de dar gracias á la Divina Majestad, que con su ayuda suplía lo que las fuerzas humanas no parecia posible ejecutasen. Solia ir á visitar la santa imágen de nuestra señora de Izamal que dista catorce léguas de la

ciudad, y las andaba por su pié en un dia, y volvía á ella en otro, que no admirada menos. Otras veces descansaba en el pueblo de Cacalchen, que dista de Izamal cinco léguas, y á otro dia por la madrugada las caminaba á pié en ayunas por decir misa aquel dia en el altar de la Virgen. Aunque andaba á pié tenia una mula por la autoridad de su persona como dignidad de la santa catedral, y un dia le pareció á su negro Martin que la mula se moria. Fué á decirlo á su bendito amo, que le mandó la echase una ayuda. El negro le obedió y se la echó con una jeringa como pudieran á una persona racional, y luego estuvo buena la mula.

Ejercitaba la caridad con los pobres, gastando en esto lo que sobraba de sus rentas despues de lo que era necesario para el decente y moderado gasto de su casa, y era en esta forma. Todos los sábados del año tenia ordenados para dar limosna á personas pobres que conocia tener necesidad. Venian á su casa, y cierta cantidad de maiz y cacao la expendia, dando el cacao por su mano á los pobres, y el maiz lo media el criado en su presencia y se lo daba. A las madres religiosas del convento de la ciudad daba cuanta limosna podia (porque es convento pobre, y verdaderamente necesitado), y porque faltaban dineros con que poderse acabar, no teniéndolos para ayudar á aquella obra tan piadosa, echó cuatrocientos pesos sobre las casas de su vivienda á censo, de que pagaba despues los réditos, para ayudar que se acabase. El retablo del hospital, que como se dijo se dió á los padres de la órden de S. Juan de Dios, se hizo de un apostolado de pintura romana que tenia para adorno de su casa, y le dió porque con él le tuviese aquel santo templo.

CAPITULO TERCERO.

De la muerte de este santo varon, y cosas particulares sucedidas en ella.

Diez y ocho años vivió este siervo de Dios despues de la enfermedad referida en el capítulo primero, ejercitado continuamente en estas rigorosas penitencias y perfeccion de vida, juzgando siempre bien de los prójimos, y atribuyendo lo que veia á la mejor parte, cuando la Majestad Divina fué servida de llamarle á poseer el premio de sus perfectas virtudes, como piadosamente parece debe creerse, pues se da á la virtud hasta el fin perseverante, y es comun entender de todos cuantos le conocieron.

Tiénese por cierto que tuvo revelacion de su muerte, porque pocos dias ántes que pasase de esta vida, hallándose fatigado con vómitos de sangre, achaque de que continuamente padecia, pidió licencia al Sr. obispo D. Fr. Gonzalo de Salazar para ir á nuestro convento de Maní, distante diez y seis léguas de la ciudad de Mérida, donde entónces era guardian el religioso que se ha dicho era su hermano, llamado Fr. Diego de Honorato, diciendo que queria morir con sus hermanos, porque tambien vivia en aquel pueblo el sargento mayor Juan de Honorato hermano de los dos. A la verdad, lo que se entendió, conocida su humildad, no fué sino por huir de la honra y veneracion con que habia de ser tratado de los ciudadanos despues de su muerte.

Alcanzó la licencia, despidióse de los prebendados sus espirituales hermanos y compañeros y de los demas amigos que tenia, y fuese al convento de Maní, como lo habia determinado. Llegado á él pidió á su hermano el guardian que le tratase como si fuera religioso súbdito suyo, porque como si lo fuera